

environment=medio ambiente

Ya no hay insensibles al tema. Antes podía relegarse la cosa al terreno de las apreciaciones personales y podía hablarse de alarmismo injustificado, en función de la propia sensibilidad o insensibilidad.

“La polución atmosférica de Madrid es cuatro veces mayor que la de París y Londres”, leemos un día en un periódico. Y otro nos aclara días después: “El 70 por ciento de humos se debe a la circulación rodada”. Otro día una revista de gran tirada nos sorprende con un gran titular en su portada: “Nos estamos envenenando”. Y el panorama internacional resulta, al respecto, poco tranquilizador: “Varios intoxicados en Rotterdam por la contaminación del aire”; “La policía de Tokio lucha contra la contaminación”; “Máximo grado de contaminación atmosférica en Nueva York”; etc., etc.

Con todo ello es indudable que se ha creado un clima sicológico y que se ha conseguido una sensibilización general de la opinión, pero puede ocurrir, ahora que el tema se ha convertido en materia a explotar por los medios de difusión y en lugar común de todas las conversaciones, que pase de moda, como tantas otras cosas, una vez digerido por las revistas de consumo, una vez constatada públicamente su gravedad con toda clase de maldiciones, y una vez que, nuevamente, hayamos vuelto a asimilar y a tolerar lo desagradable y pernicioso, conformándonos resignadamente con el progresivo empeoramiento de algunas de nuestras más importantes condiciones de vida, a cambio de lo que llamamos progreso.

Por eso conviene insistir en la gravedad de cara al futuro, y en la necesidad de que ese estado de opinión se haga constante y exigente, con la consciencia de que si no se rectifica el rumbo, las cosas van a empeorar hasta límites catastróficos. Recordemos lo de este verano en Nueva York.

Pero esta alarma que empieza a sentirse colectivamente entre nosotros, por el estado del aire que respiramos, porque padecemos ya muy directamente sus efectos, debe extenderse y debe generalizarse el conocimiento de que el peligro no viene sólo por el aire; que es el deterioro general de la naturaleza y la degradación de ciertas condiciones necesarias de todo lo que nos rodea, lo que está implacablemente en marcha, amenazando con llegar a ser, cuando no lo

es ya, nocivo e inadecuado para el desarrollo de la vida en todas sus formas.

El Presidente Nixon, en su último mensaje sobre el estado de la Unión, ha dicho, desde el país más seriamente comprometido, que “el gran interrogante de los años 70 es si vamos a capitular ante nuestro medio ambiente, o si haremos la paz con la naturaleza y emprenderemos la reparación de los trastornos que hemos causado a nuestra atmósfera, nuestro suelo y nuestras aguas”. Y el Presidente Pompidou, visitando Chicago hace unos meses, afirmaba: “La acción del hombre sobre la naturaleza ha llegado a ser tal que comporta el riesgo de destrucción de la propia naturaleza. Es sorprendente constatar que en el momento en que se acumulan y difunden cada vez más los bienes llamados de consumo, son los bienes elementales más necesarios para la vida, como el aire y el agua, los que empiezan a faltar”. Se trata pues de una preocupación política de la máxima actualidad, como lo ponen también de manifiesto las numerosas reuniones y conferencias internacionales, especialmente la celebrada en febrero pasado en Estrasburgo, por el Consejo de Europa, sobre “la protección del medio natural”. Y en función de esta preocupación se elaboran programas y se hacen propuestas... de escasos resultados efectivos.

Y es que ya no basta con correcciones ni con medidas paliativas, aunque éstas sean muy necesarias. Con la vista en el futuro, lo que se está requiriendo, junto con un esfuerzo general de educación y de formación y con una legislación eficaz destinada a reducir las fuentes de perturbación (ruidos, gases, líquidos, basuras...), es todo un planteamiento racional de la ocupación del espacio por el hombre, y una definición de los objetivos sociales en función de los cuales debe establecerse una estrategia planificada del uso del territorio.

“Demasiado dinero para carreteras y demasiado poco para ferrocarriles y transportes urbanos”, decía el editorial del 29 de julio del “New York Times”. Y en los titulares de nuestros periódicos podía leerse por las mismas fechas: “La polución atmosférica de Madrid, es cuatro veces superior que la de París y Londres”; “El 70 por ciento de los humos se debe a la circulación rodada”; “El automóvil, monstruo contaminador”; “500.000 coches al año, planea construir la Seat”.